
Amor por la profesión “la docencia: un cuento de hadas”

Maira Cabrera Gaitán

Licenciada en Psicología y Maestra en Educación. Docente en la Escuela Secundaria General núm. 87 “Juan Rulfo” de Guadalajara, Jalisco. mairafinisima@gmail.com

Viví en Ciudad Burbuja, donde la maldad no existía, por lo menos en las cuadras que crecí, de esas donde te inculcan una escala de valores apuntalada por el amor al prójimo, de ahí mi vocación, decía mi Yo Ingenuo “para ayudar a los demás”. Un día en Casa Arcoíris, mis padres, un Mago Curandero de ascendencia de Maestros Hechiceros y mi madre, Hada Custodia de las Creencias Sagradas, decidieron que ya era tiempo de formalizar mis estudios, los escuché mientras jugaba tirada en el suelo, ensimismada en una escena muy repetida, que consistía en acomodar en fila mis demás muñecos, mientras que la hadita pelirroja explicaba fórmulas mágicas:

- La mejor opción –dijo mi padre– es el Instituto de Hechiceros.
- Mejor a la Hermandad –dijo mi madre– así podrá continuar el legado del resguardo de las Creencias Sagradas, ahí ya nos conocen y será bien aceptada.

Mi primer día en la Hermandad, la pasé observando a los demás chiquillos, uno llorando agarrado de la falda de su madre, otros corriendo despotricados por el patio, algunos más, con cara triste cambiaron la mano de sus madres, por la de una Hermana, mientras yo, me senté a observar en una interminable banquita, con el sello impreso, réplica de una de los preciados resguardos que tenía mi madre en custodia, me sentí como en casa, con este elemento de transición, además con el premio mayor, puesto que, para mi sorpresa, mi maestra sería una Hada, mi sueño dorado, alguien con el poder mágico de iluminar otras vidas.

Algunos años las Hermanas fueron mis tutoras, una ellas en particular me observaba muy de cerca, por alguna razón intuyo veía en mis venas correr los poderes curativos heredados de mi padre. En este lugar crecí, obediente, pacífica, hasta ser digna de continuar con el legado de la Custodia de las Creencias anhelada por mi madre.

Dejada atrás la infancia, salí en busca y conquista de la antorcha del saber, como la que la *Baba Yagá* le dio a *Vasalissa*, y entre la psicología y pedagogía encontré las reliquias que han dado fortaleza a mi profesión. Sin saltarme el nudo de este cuento de hadas, el personaje más alegórico que tuve que vencer ya venía conmigo, desde antes de salir del hermoso origen, la educación tradicionalista con la que fui educada era insuficiente para siquiera lograr internarme en el denso bosque encantado llamado magisterio.

El camino a la *muchosidad*, como en el *país de las Maravillas*, está compuesto por dos senderos, el de la Psique donde he conseguido una primera pócima que me ha permitido conocer la naturaleza mental de los alumnos, quienes son los príncipes y doncellas por empoderar y muchas veces liberar diría el Gran Freire, uno de los nobles hechiceros de esta narración fantástica.

El segundo sendero está dotado de un celestial manantial de conocimientos para intervenir y derrotar al temible monstruo que llevaba a cuestras, la práctica oscura y opresora de transferencia de conocimiento, que va quedando poco a poco sumergida en el pantano de la experiencia, con la promesa del *país de Nunca Jamás*, hasta llegar al anhelado castillo de la *Pedagogía Liberadora*.

Si bien no he conseguido el título para ser hada madrina, ya estoy en la alfombra mágica de la intervención de mi propia práctica educativa, he logrado pequeños hechizos transformadores que me han permitido *amar mi profesión*, gracias a la propuesta de otro de los grandes, John Dewey pionero de la *práctica reflexiva*.

En el bosque encantado encontré una vez un maestro hechicero *puro* y tal cómo se dio en el *Colegio Hogwarts*, me dejó muy en claro que no veía bien a los no tan *puros* como yo, y es curioso noté que carecía del cariño a su profesión, al ver la escena se acercaron dos intelectuales y opinaron:

Gigante: A ti señorita, te falta didáctica –dijo con voz sonora y determinante–.

Ogro: Y a ti Hechicero, amor a tu profesión.

El Hechicero siguió su avanzado camino, mientras yo me acerqué curiosa a pedir consejo, fue entonces que el par de sabios me entregaron una pequeña brújula para asegurar mi trayecto entre la espesa floresta, que de pronto ha ido cuesta arriba.

Como toda protagonista de cuento llevo un triunfo entre mis manos, un pequeño cofre en el que atesoro historias de vida de príncipes y princesas que más tarde, al tomar el trono de su reino me han buscado para compartir y agradecer alguno de los hechizos o deseos que sólo el ministerio de la docencia puede ofrecer, la *caja de pandora* se me hace tan pequeña ante esta humilde cajita que encierra la esperanza y la huella del poder contribuir con este mundo, pero sobre todo, en la felicidad propia y la de otros.